

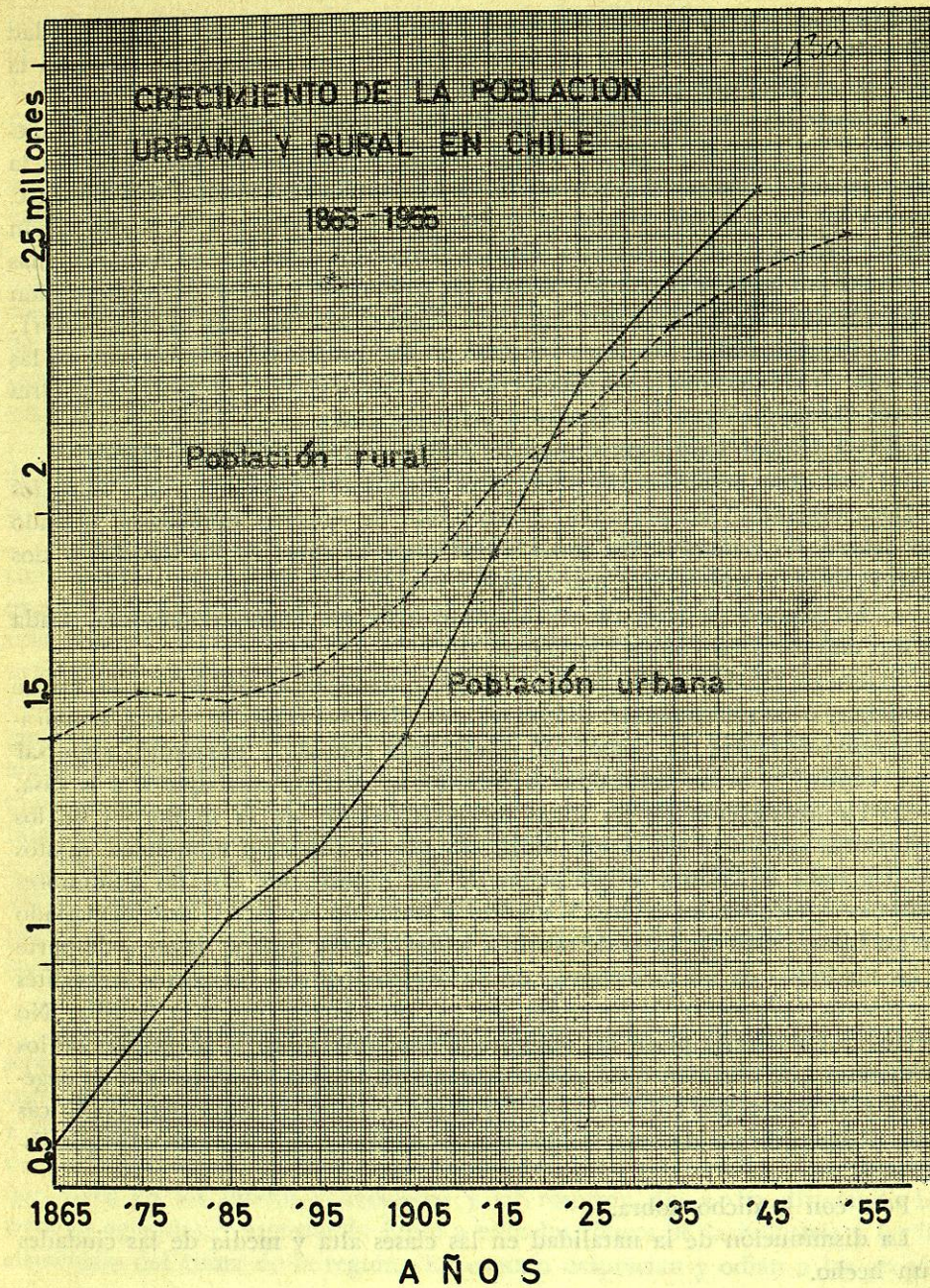
los paseos y excursiones al campo, a las montañas, a las playas, en pleno invierno, o cada semana. La multiplicación de "Colonias escolares", los "Clubes de excursionistas" de "squiadores", de andinistas, de pesca y caza; los boy scouts; las girls guides, etc., demuestran que esta vuelta de la ciudad al campo es un hecho indiscutible. Cada día aumenta el número de Colonias Agrícolas o Cooperativas Agrícolas en fundos parcelados; o de huertos obreros, o huertos familiares formados por personas que hasta ayer hacían sólo vida urbana.

El abismo entre la ciudad y el campo ha empezado felizmente a llenarse en Chile. Buenos caminos unen todos los centros poblados. Gran parte de los fundos y haciendas tienen instalaciones industriales propias (plantas pasteurizadoras de leche, fábricas de conservas, producción de frutas secas, viñas; criaderos de aves; criaderos de sementales, molinos, etc.). En casi todas ellas y en el 80 % de los pueblos de más de 1,000 habitantes hay luz eléctrica, teatros, cines, escuelas, canchas de football como en las grandes ciudades.

5. *Las Instituciones Sociales.* Todas las diferencias que hemos anotado entre la ciudad y el campo, entre la vida urbana y la vida rural, adquieren relieve especial cuando comparamos la situación de las instituciones sociales fundamentales en uno u otro medio.

La Familia. La familia en la vida rural, y especialmente en la vida de las regiones agrícolas, tiene mucha más unidad que en la vida de las ciudades. Padres e hijos hacen más vida en común. Las infidelidades conyugales y los casos de adulterios, divorcios, etc., son mucho más raros.

El mismo sistema de trabajo contribuye a este contacto familiar más frecuente. En el medio rural el hogar sigue siendo un centro de actividad económica. En el hogar se amasa y se hace el pan (en el 80 % de los "ranchos" no puede faltar el horno de barro); se prepara y se pela el mote; se desgrana el maíz; se ordeña la vaca o la cabra ("la vaca del pobre", como se la llama en el Norte chico); se cosecha la fruta y se prepara la que se pone a secar (huesillos, ciruelas, ajíes); se preparan las carnes para secar (producción del charqui), etc. En el 60 % de los ranchos hay telares. La abuela, la mujer y las hijas tejen choapinos, mantas, y últimamente, con los telares modernos, producen chalecas, chombas, sweaters, chalinas, etc. En otros ranchos hay pequeñas curtiembres y se producen artículos de cuero y aperos campesinos (monturas, lazos, riendas, etc.). En otros se tejen canastos y objetos de mimbre; y en otros se trabajan obras de cerámica y objetos de greda (platos, cántaros, ollas, etc.). Rasgo típico de la familia campesina es la fecundidad. Raro es el hogar campesino con menos de 6 a 8 niños legítimos, fuera de los "recogidos".



Los matrimonios en el medio rural se realizan a mucho más temprana edad que en las ciudades (14 años las muchachas y 16 los muchachos). Es rara la joven de 15 años que permanezca soltera.

El tener hijos se considera una bendición de Dios. El hijo se mira en el medio rural con todo el profundo sentido biológico y económico que tiene. Es la perpetuación de los padres, y a la vez es una unidad económica que produce. Cuando los hijos crecen ayudan al padre, si son hombres o a la madre si son mujeres. Las leyes sobre colonización dan derecho al colono a 20 hectáreas más de tierras por cada hijo o hija. Y esto sin contar las ventajas de la asignación familiar extendida a los obreros agrícolas desde el año de 1947 (Ley N° 8811).

La ilegitimidad de los hijos no tiene en los campos la gravedad que en las ciudades. Nos referimos a los nacimientos de hijos naturales de padres y madres solteros "recogidos" por los abuelos u otros parientes.

En la ciudad todo parece atentar contra la vida del hogar clásico:

1) Las casas pequeñas sin patio, o el sistema del colectivo o de "Edificios de Departamentos" no permiten el desarrollo de familias numerosas. Cuando esto ocurre, los padres deben repartir sus hijos en casas de los abuelos o tíos u otros parientes que tengan más sitio o vivan en otras ciudades.

2) En seguida la falta de servidumbre o de empleadas domésticas. Cada día son más raras las "nanas" antiguas.

3) Luego la vida moderna que obliga a trabajar al padre y a la madre en oficinas o establecimientos diferentes con distintas horas de salida, o ubicados a tanta distancia del hogar que resulta más cómodo y económico almorzar en el "centro" o en la "concesión" o "restaurant" del personal que ir a la casa.

4) La divulgación de las ideas neo-malthusianas de la limitación de los nacimientos o control de la natalidad, sea por la situación económica (gastos que demanda la crianza y educación de los niños), sea por las costumbres modernas (deseo de los padres y madres jóvenes de no esclavizarse demasiado por los hijos; deseo de salir, de asistir a bailes, fiestas, paseos, deseo —de parte de las madres— de no deformarse, de no avejentarse con los partos frecuentes y la crianza (lactancia) de los niños, etc.) es otro factor contra la familia. No creemos que en Chile pesen las otras consideraciones sobre la limitación de los nacimientos que pesan en otros países (razones biológicas, como peligro de degeneración de la raza por enfermedades hereditarias de los padres; razones políticas como el deseo de no dar más soldados a la nación o más obreros al capitalismo, etc.).

Pero con lo dicho, sobra.

La disminución de la natalidad en las clases alta y media de las ciudades es un hecho.

5) La pérdida del sentido de hogar y de familia en las grandes urbes, por el alejamiento de los padres con respecto a los hijos debido a los sistemas de vida, y por la frecuencia de las infidelidades conyugales y dramas pasionales, es quizás el factor más poderoso de desintegración social.

Trabajando el padre y la madre lejos del hogar, los hijos pequeños quedan solos, abandonados a su suerte, o en manos de niñeras mercenarias o de personas extrañas.

Crecen y sólo ven al padre o la madre accidentalmente —en las noches o una vez por semana—. Más tarde son colocados en internados y el contacto con la familia es aún más retardado. Prácticamente, en las familias modernas de las ciudades, ni los padres conocen a sus hijos, ni éstos a sus padres. En los pueblos rurales los hijos crecen junto a sus padres y el trabajo de éstos nunca está lejos del hogar.

La situación se complica en seguida con los casos de divorcio o nulidades de matrimonio que son mucho más frecuentes en las ciudades que en los campos o pueblos rurales.

6) Las ocasiones de adulterios y bigamias; de infidelidades y de deslealtades conyugales se multiplican al infinito en la vida de las grandes urbes. En pueblos pequeños donde todo el mundo se conoce y sabe qué hace, cómo vive, dónde va cada cual, el control social del ambiente es más afectivo y decisivo. En la gran urbe donde las distancias; los distintos barrios; los múltiples cines, conciertos, conferencias; las amistades exclusivas de cada cónyuge que el otro cónyuge ignora —sean compañeros, compañeras de oficina, o de trabajo, o amigos o amigas—; las boîtes, cabarets, salones de té, restaurantes, clubes sociales, la movilización, etc., ofrecen mil disculpas para las ausencias del hogar, la fidelidad y la lealtad conyugal son por desgracia la excepción. Agréguese a esto la corrupción de las costumbres debido a las películas modernas, a las revistas, libros, teatros, periódicos —estímulos que sólo por excepción llegan a los pueblos pequeños— y tendremos la explicación de por qué la ciudad moderna es la gran enemiga de la función social de los hogares.

Propiedad y Clases Sociales. En el medio rural la propiedad tiene un sentido distinto que en las ciudades. Hay como un vínculo mágico, casi físico entre el hombre y la tierra labrada por él. El hombre se encariña por la tierra y el paisaje que lo vio nacer; que vio nacer, vivir y morir a sus padres; que vio nacer y crecer a sus hijos. Los campesinos respetan y aman a los patrones que viven en los fundos y haciendas y las recorren día a día dirigiendo los trabajos agrícolas, y soportando junto a ellos los riesgos de la industria y las inclemencias del clima de la región. En cambio desprecian y odian a los propie-

tarios rurales —por desgracia muy numerosos— que viven en Europa u otros países, o bien en la capital, en palacios suntuosos, y sólo se preocupan de los fundos para sacar dinero o para llegar a ellos a divertirse.

La estructura agraria de Chile puede apreciarse en el siguiente cuadro:

Propietarios		Nº	%	Superficie	%
0 a	5 has.	87,790	43	139,446	0.5
5 a	50	62,872	30.5	1,160,920	4.2
50 a	200	17,935	8.8	1,736,600	6.3
200 a	1,000	7,543	3.0	3,202,454	11.6
1,000 a	5,000	2,180	1.8	4,365,663	15.8
más de	5,000	626	0.3	14,486,410	52.4

O sea: al paso que 87,000 propietarios (el 43 % del total) poseen 139,000 hectáreas (0.5 % del total de la superficie agrícola), 626 propietarios (el 0.3 % del total) poseen 14 millones de hectáreas (el 52.4 %) del total de la superficie agrícola.

Son estas cifras las que dan a Chile el carácter de un país de latifundistas a pesar de que, como vimos, la superficie agrícola del país es reducidísima (toda ella, por ejemplo, es inferior a la de la provincia de Mendoza, en la República Argentina).

Por eso es preciso tener presente el concepto y el valor de la pequeña, la mediana y la gran propiedad agrícola, en cada zona.

Zona	Pequeña propiedad	Mediana propiedad	Gran propiedad
Norte	25 a 100 has.	500 a 1,000 has.	Más de 1,000 has.
Central	10 a 25	25 a 300	300 a 1,000
Sur	25 a 100	300 a 1,000	Más de 1,000

Se entiende por pequeña propiedad en lo relativo al avalúo, la que tiene uno inferior a \$ 50,000; mediana, la que sube de \$ 50,000 y es inferior a \$ 1,000,000; y gran propiedad, la que es superior a \$ 1,000,000. En cuanto a extensión se considera "minifundio" el predio de menos de una hectárea y "latifundio", el que es superior a 1,000 hectáreas.

En el campo y en las zonas rurales no prolifera la moderna burguesía capitalista. Existen las tres clases sociales clásicas: *la clase alta* o de los propietarios de la tierra; *la clase media* o de los empleados superiores de los fundos, técnicos agrícolas, pequeños propietarios, aparceros o medieros de los fundos a los que habría que agregar los funcionarios civiles y militares (carabineros, etc.) de los pueblos pequeños vecinos, médicos, maestros, jueces rurales, oficiales del Regis-

tro Civil, comerciantes minoristas, artesanos, etc.; y *la clase trabajadora*, o sea, los obreros agrícolas en general (inquilinos y afuerinos) que forman la gran mayoría.

Pero, como dijimos anteriormente, la lucha de clases no se presenta en los campos con los caracteres que en las ciudades. Influye en ello: 1) la débil densidad de población (con densidad tan baja —4 hab. × km²—, el sér humano, sea quien sea, necesita la vecindad de otro sér humano, sea también quien sea); 2) la riqueza de la tierra. (En los campos nadie puede morir de hambre. Hay frutas, verduras, leche, carne, huevos de sobra en cada rancho campesino, aún para el forastero que pasa.) 3) Las formas de sociabilidad (los parentescos rurales, padrinzagos y compadrazgos, que unen a ricos y pobres).

Naturalmente las clases sociales conservan sus caracteres específicos. Casi todos los dueños de fundos y haciendas están emparentados entre sí. En este sentido la clase alta de los campos es quizá más cerrada que la de las ciudades —y más orgullosa—. El extranjero y los individuos de la clase media de las ciudades, que se hacen agricultores, no tienen fácil acceso a ella. La clase alta rural mira con más simpatía a sus empleados e inquilinos que a los extranjeros, a los políticos, a los funcionarios públicos o habitantes en general de las ciudades, a los que considera en plano inferior y mira con profunda desconfianza. Ésta es la razón del recelo con que se mira a los Inspectores de Impuestos Internos, del Trabajo, de las Cajas de Previsión; a los maestros o maestras primarios; asistentes sociales, etc., y con más razón a los dirigentes sindicales o dirigentes políticos (parlamentarios de partidos de izquierda) que llegan a los fundos a hablar con los obreros.

El obrero agrícola y la clase obrera rural es en general dócil, conservadora, pacífica. De allí que las huelgas agrícolas sean raras veces provocadas por los mismos campesinos (una excepción fue la de Ranquil, en 1939, que fue una auténtica huelga campesina). Por lo general las huelgas agrícolas son azuzadas por agitadores de las ciudades.

La movilidad de las clases sociales en el medio rural es más lenta y difícil que en las ciudades. En primer lugar, por el hecho de que en los pueblos pequeños todos se conocen entre sí. En seguida porque, como vimos anteriormente, en los campos y medios rurales hay poca variedad de actividades. En la gran ciudad nadie conoce a nadie aunque viva decenas de años en la casa del lado. Luego, si una persona fracasa en una actividad, toma otra. Y no es raro ver a ex-funcionarios instalados con un negocio de automóviles o algo por el estilo. En los pueblos rurales esto ocurre muy rara vez.

La clase media agrícola revive en cambio, al menos en Chile, todo el proceso de su formación histórica. Desconfían de ella los patrones y los obreros.

En las ciudades el derecho de propiedad se percibe por su aspecto más sórdido y antipático desde el punto de vista social: el derecho de sacar renta del suelo y de los edificios.

Las alzas de los avalúos en los medios rurales no repercute tan fuertemente en las poblaciones modestas como las de los bienes raíces de las ciudades. El alza de los alquileres de casas, piezas y departamentos es uno de los factores más fuertes del alza del costo de la vida y del proceso inflacionista.

En Chile los propietarios de casas y de edificios de renta forman Asociaciones de Propietarios para defenderse a su vez de las Ligas de Arrendatarios. En otros términos: el problema social se plantea en toda su desnudez en el plano del derecho de propiedad en las ciudades.

Más adelante veremos algunas cifras del alza de las rentas de arrendamiento. Por el momento subrayamos que los propietarios urbanos obtienen mucho más rentas que los propietarios rurales por metro cuadrado de superficie.

Por otra parte, en las grandes ciudades las clases sociales se multiplican y cambian de sentido. Una misma persona es capitalista y asalariado (ej.: un empleado público de categoría que tiene una casa de renta; un empleado particular que tiene dos empleadas domésticas; un contratista de una firma constructora que tiene 4 ó 5 obreros a su orden, etc.). No hay división de clases perfecta y continuamente se produce el paso de obreros o empleados que se vuelven capitalistas, y de capitalistas o burgueses arruinados que se emplean.

Religión y Cultura. La religión es quizás la única fuerza espiritual que llega hasta los campesinos y los medios rurales apartados. La educación, el arte, la cultura general es casi desconocida en ellos. El hombre del medio rural es, por principio, religioso, creyente. Pero su cultura religiosa, aún en la clase media y alta, no pasa de la del catecismo elemental. El campesino pobre sólo posee una fe ciega, tradicional, en las ideas religiosas de sus padres.

En general hay en Chile pocas iglesias en los campos. No son comunes las ermitas ni los monasterios que hay en otros países, ni las iglesias de campo como suelen verse en Francia, España, Italia, Suiza. Y cuando las hay —caso de algunas termas y fundos grandes—, pasan cerradas por escasez de sacerdotes. (Según el P. Hurtado, Chile es el país del mundo que tiene menos sacerdotes en proporción al número de habitantes: uno por cada 3,000 católicos. En China hay uno por cada 1,700. En Europa, el promedio es uno por cada 500). Tampoco hay capillas y oratorios en todos los fundos. Y si los hay, o pasan cerrados porque sus actuales propietarios no son creyentes, o se abren sólo en épocas de "misiones". Las "Misiones" son una institución religiosa exclusiva del medio rural. Es a veces el único contacto de la gente de campo con la religión. Una

vez al año —o cada 2 ó 5 años— llegan a ciertos fundos uno o dos sacerdotes y pasan 4 a 8 días bautizando niños, confesando, bendiciendo matrimonios, haciendo hacer la primera comunión, explicando el Evangelio y llevando un poco de espiritualidad a cientos de personas. Después se van, y todo sigue su curso regular.

Por lo demás, en el medio rural la religión está saturada de animismo, de supersticiones, de ritos paganos locales. El culto de la "animita milagrosa" es general. No hay camino de Chile que no tenga una sencilla cruz o un pequeño montón de piedras con flores silvestres en tarros y velas encendidas, recordando el ánima de un muerto (un accidente, una víctima de un crimen, etc.). Luego existe el culto de las "Vírgenes o Santos" locales. El calendario geográfico de las festividades religiosas rurales empieza en el lejano Norte con las fiestas de La Tirana, la de Livilcar, luego las de la Virgen de Andacollo, las de Semana Santa de Salamanca, las de Cuasimodo en todos los pueblos pequeños y suburbios de las ciudades, las fiestas de la Cruz de Mayo (o bendición de los campos); las de la Candelaria; las de San Sebastián de Yumbel; las del 8 de diciembre (fiesta clásica de la Virgen María, con especial solemnidad en algunos puntos, como el del Santuario e Lo Vásquez, cerca de Viña del Mar; la del mes de las ánimas (noviembre), en que los creyentes llevan flores a los cementerios a sus deudos fallecidos; las de la Virgen del Carmen, patrona de Chile; la de San Pedro, patrono de los pescadores, que se celebra con procesiones en el mar y fiesta en cada caleta pescadora; la de San Miguel, en algunos pueblos del Norte, etc.

La mayoría de estas ceremonias religiosas están llenas de prácticas y costumbres paganas, como bailes y danzas religiosas, aún dentro de los templos, realizadas por "corporaciones de bailes", o "chinos" vestidos con trajes estrambóticos y al son de instrumentos primitivos, restos de prácticas paganas del pasado aborígen.

La creencia en maleficios, males de ojo, necesidad de talismanes, etc., es casi general en los campos. En la mayoría de los casos la gente de campo prefiere acudir al "meico", la "meica", el brujo (o machi), o simplemente al curandero o yerbatero del lugar, antes que al médico.

* * *

Existe, sin embargo, una cultura general de tipo rural, que es distinta de la urbana.

Ésta es más externa (modas, edificios, máquinas, aparatos específicos, confort externo). Aquélla es más interna y en cierto modo más espiritual: conoci-